Sandra se dirigió a su coche y sacó del maletero su traje de neopreno y las aletas. Después bajó dos calles hasta llegar al Centro de Buceo, y allí alquiló dos botellas de 15 litros con griferías Din y doble regulador. Con todo el equipo a cuestas se subió a la pequeña zodiac Cadet 340 que tenía reservada y amarrada en el puerto de La Restinga desde el mismo día que llegó a El Hierro.

Aunque sabía que no era muy prudente ir a una inmersión ella sola, esta vez estaba algo cabreada con Ana, no le apetecía tener que volver a cuidar de Miguel y, además, su idea era bajar y subir rápidamente, apenas un corto descenso de unos veinte minutos. Más para relajarse, realmente, que para realizar una concienzuda investigación de los fondos marinos herreños. Así que, sin pensárselo mucho, encendió el motor fueraborda Mercury F20M de 20 caballos de potencia y, saliendo del puerto, recorrió una milla pegada a la costa. Después giró con la barca neumática hasta llegar cerca de la Playa del Cantadal. Fondeó la zodiac y se dispuso a entrar en el agua. Realmente lo había hecho muchas veces junto a su novio Eduardo, e incluso antes de conocerlo a él también. Eso le daba la confianza suficiente como para poder adentrarse sola en las frías aguas del océano sin la necesidad de llevar compañía.

Una vez ya sumergida, se dirigió a la zona más cercana a la rocosa costa y bajó hasta los 30 metros de profundidad siguiendo una escarpada pared repleta de líquenes de los más diversos colores. En su camino se cruzó con varios meros, salemas y sargos, pero ninguna vieja. Una morena negra asomó su dentellada cabeza por entre unas rocas, pero se retiró, miedosa y asustada, rápidamente. También creyó ver el rejo de un pulpo, pero siguió su descenso sin inmutarse.

Sandra estaba más concentrada en la inmersión. No estaba allí para recrearse en el paisaje y la fauna marina herreña. Pese a que era rica y abundante (y de una gran belleza) eso hoy no tocaba. Estaba buscando un punto en concreto en aquella sólida pared volcánica sobre el cual había oído hablar a algunos buceadores que le habían dicho que allí existía una profunda cueva que se adentraba hacia el interior de la isla al menos varios kilómetros. Aunque no tenía mucho tiempo confiaba en que sería capaz de encontrarla. Pero hasta ahora la pared no había presentado el más mínimo indicio de deformidad en su natural y abrupto perfil.

Entonces, a la derecha vio una zona un poco más oscura en la –ya a esa profundidad– monocromática pared marrón y se acercó. En cuanto encendió su linterna submarina, modelo Shockwave II, vio con claridad que efectivamente se trataba de una entrada de unos dos metros de diámetro.

Miró su reloj digital. Había tardado diez minutos en llegar allí, por lo que solo le quedarían otros 10 más para inspeccionar la cueva y que aún tuviera el tiempo necesario para volver a la superficie. Tal vez lo mejor sería regresar otro día… pero, la verdad, ya que estaba ahí no pasaba nada por echar un vistazo. Uno rápido.

 La cueva era lo suficientemente amplia como para que Sandra pudiera nadar por dentro sin dificultad, así que dirigió la linterna hacia el interior pero la oscuridad envolvía todo cuanto el haz de luz no alcanzaba. Decidida a arriesgarse, antes de entrar se quitó las aletas para que su movimiento no levantara el fino polvillo de piedras y sedimento que llevaba siglos asentado en el suelo, y nadó lo más pegada al techo que pudo.

A medida que avanzaba la oscuridad se hacía más densa y le costaba más nadar, pero en todo momento trató de controlar bien su flotabilidad. Temía que la cueva pudiera estrecharse, pero no daba esa impresión. Lo que si notó fue un paulatino aumento de la temperatura. Ahí dentro debía hacer tres o cuatro grados más que por fuera, y cuantos más metros recorría más calor hacía.

Cuando ya se había adentrado unos 30 o 40 metros se detuvo. Había tardado unos cinco minutos en llegar hasta ahí. Y en todo momento tenía que calcular el tiempo que tardaría en salir de la cueva para que le quedara el suficiente oxígeno como para hacer un ascenso a la superficie controlado y así evitar el riesgo de poder sufrir una sobre expansión pulmonar. Seguir avanzando era una temeridad. Suponía arriesgarse innecesariamente. Miró al frente. La luz de su linterna se perdía unos tres metros adelante sin que se percibiera el final del túnel.

Por precaución volvió a comprobar el aire que indicaba su manómetro. Todavía le quedaban cerca de diez minutos. Iba bien de tiempo. Así que respiró con calma, mientras con la mano tocó una de las paredes para comprobar si el calor procedía de ahí. En cuanto la rozó tuvo que retirarla rápidamente ya que lo sintió a través de su guante de goma. La pared estaba ardiendo. En realidad, notaba muchísimo calor a su alrededor.

Entonces vio algo que le recordó su experiencia submarina en Tenerife junto a su novio Eduardo. De repente, frente a ella, de la pared empezó a salir una enorme burbuja de un apagado tono grisáceo.

“Gas”, pensó inmediatamente. “La pared está expulsando gas”.

A la primera burbuja le siguieron varias un poco más pequeñas hasta que la grieta se abrió unos centímetros justo ante las mismísimas narices de Sandra y de su interior empezó a brotar un hilo de lava.

 “Dios mío, es lo mismo que vi en Tenerife. Esto debe de estar a punto de estallar por algún lado”. Intentando mantener la calma para no consumir más oxígeno del necesario, Sandra buscó en su cinturón la pequeña cámara especial Nikon Coolpix S–3300 que había traído consigo y enfocó esperando a que el fenómeno se volviera a producir para fotografiarlo. Esta vez Pedro Castro no podría ignorar una prueba tan evidente como esta. Esta vez no le iba a quedar más remedio que darle la razón y ayudarla a conseguir el dinero necesario para financiar su proyecto de investigación.

 Pendiente de que la grieta en la roca frente a ella se volviera a abrir para poder conseguir, por fin, la evidencia definitiva de su descubrimiento, Sandra no notó la primera sacudida. En realidad fue muy débil, apenas perceptible. El agua vibró ligeramente a su alrededor pero no lo suficiente como para que ella lo advirtiera.

 La segunda fue mucho más fuerte. Tanto que la desplazó casi un metro de donde estaba. De repente, todo a su alrededor comenzó a moverse. El agua se oscureció de golpe y notó una fuerte presión en todo el cuerpo. Se le cayó la linterna y se apagó. Un atronador ruido rebotó entre las cuatro paredes de aquella estrecha cueva submarina y entonces Sandra, aterrada, comprendió lo que ocurría. Se estaba produciendo un movimiento sísmico y la había cogido a ella en medio. Como pudo, orientándose con las manos, giró sobre sí misma colocando su cuerpo en dirección a la salida e intentó ponerse las aletas, pero el polvo del suelo se había levantado y no veía prácticamente nada. A su alrededor comenzaron a desprenderse rocas del techo y notaba como las paredes de la cueva se resquebrajaban a su paso. Trató de calmarse, pero su respiración cada vez se aceleraba más y más. Sabía que la salida estaba justo delante de ella. Tenía que intentar llega hasta allí lo antes posible, pero por más que se esforzaba era como si cada vez fuera más lenta. No lograba avanzar. La cámara se le cayó y, aunque estuvo tentada en detenerse y buscarla entre el lodo y polvo en suspensión que había por todas partes, inmediatamente desistió de su intento. Ahora lo más importante era salir de ahí.

 Tenía que calmarse, seguir nadando sin parar pero, al mismo tiempo intentar que su corazón no se acelerara más porque así estaba consumiendo mucho oxígeno. Por fin, al fondo vio lo que parecía ser un pequeño punto de luz entre tanta oscuridad. “Debe de ser la entrada a la cueva”, pensó mientras movía brazos y piernas con más fuerzas. Sin embargo, la sensación que tenía era la de que apenas se movía. Por más que empujaba, por más que se esforzaba, la entrada siempre parecía estar a la misma distancia. Cada vez más cerca pero a la vez igual de lejos. Sin embargo, sabía que estaba ahí, casi al alcance de la mano. Miró al frente y estiró el brazo. Un esfuerzo más y llegaría. Solo un poco más. Ya estaba tan cerca…

 Entonces, parte del techo de la cueva se desplomó sobre ella. Sintió las rocas caer sobre su espalda y como el peso la empujaba contra el fondo. El traje de neopreno se rajó por el costado y una masa de agua fría y lodo entró en contacto con su piel. La herida no fue muy profunda, pero la fricción con el agua salada le escoció enormemente. Una gran roca en el suelo le aprisionaba el pecho y le impedía respirar bien. El derrumbe también afectó a la válvula de las botellas y el oxigeno dejó de circular con regularidad hasta la boquilla de respiración. Una pesada piedra le había dado en la cabeza y empezó a sangrar abundantemente. Apenas podía mover las piernas y comenzaba a sentirse muy mareada. Aún así, tuvo fuerzas para mirar hacia delante y ver, esta vez sí, con total claridad, la boca de la cueva… a tan solo diez metros de ella. ¡Diez metros!

 Pasados unos segundos, cuando el polvo en suspensión se volvió a asentar en el suelo, en medio de la oscuridad y casi ya en un total silencio, Sandra estiró la mano hacia la luz, pensó en su novio Eduardo, y notó como todo a su alrededor se apagaba.